

## DOMINGO DE SOTO ANTE LA FIGURA IDEAL DEL OBISPO EN EL SIGLO DE LA REFORMA\*

En esa gran catedral de la Ciencia Moral que es el "De justitia et jure" de fray Domingo de Soto, junto a altas ideas teóricas sobre la Ley y especulaciones minuciosas sobre cambio y moneda, no podían faltar valiosos elementos de Teología pastoral. No en vano se decía, *Qui scit Sotum, scit totum*. He querido recoger en este trabajo las ideas en torno a la figura ideal del obispo que se encuentran en esa obra, ampliando así el ámbito de otras investigaciones sobre el tema<sup>1</sup>. Este punto representa en el movimiento reformador del siglo XVI una de las claves de la regeneración de la Iglesia, si no el nervio de toda ella. Exhumando el pensamiento de Domingo de Soto sobre el particular, contribuiremos a la exaltación de su figura en este cuarto Centenario de su muerte<sup>2</sup>.

Dividiré el trabajo, como en otras ocasiones, en dos partes: En la primera sintetizaré los conceptos teológicos fundamentales de Soto acerca de la figura pastoral del Obispo. En la segunda, delinearé, en cuanto permitan las fuentes, el campo de sus actividades pastorales. Prescindo de los problemas dogmáticos acerca del Episcopado.

---

\* Sobre Domingo de Soto puede verse el estudio del P. VENANCIO CARRO, O. P., *Domingo de Soto y su doctrina Jurídica* (Bibl. Teol. Esp., XII), 2.<sup>a</sup> ed., Salamanca, 1944 y en ella la Introducción biográfica del P. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P., pp. 17-71, donde recoge y cita otros importantes trabajos suyos. Sobre su obra *De justitia et jure*, véase el estudio del P. SALOMÓN RAHAIM, S. J., *Valor moral-vital del De justitia et jure de Domingo de Soto*, O. P., en "Archivo Teológico Granadino", XV (1952) 5-213.

<sup>1</sup> Juan Bernal Díaz de Luco y su "Instrucción de Perlados, en "Scriptorium Victorienne", III (1956) 190-209. *La figura ideal del Obispo en las obras de Erasmo*, *Ibid.*, II (1955) 201-230. *Francisco de Vitoria y la Reforma Católica. La figura ideal del Obispo*, en "Revista Española de Derecho Canónico", XII (1957) 65-110. *Bartolomé de los Mártires*, en "Surge", XIV (1954) 540-5 y 587-94. *Fray Luis de Granada*, *ibid.*, XV (1955) 147-57 y 195-203. *Bartolomé de Carranza, Arzobispo. Un prelado evangélico en la silla de Toledo*, San Sebastián, 1958, 103 pp. *El ideal ascético-pastoral de Bartolomé de Carranza* (en prensa).

De algunos de estos trabajos se han ocupado G. ALBERICO, *I Vescovi Italiani al Concilio di Trento*, Firenze, 1960, p. 410-2 y Mons. H. JEDIN.

<sup>2</sup> A este punto particular se dedican algunas páginas en los dos estudios mencionados: CARRO, o. c., p. 482-494 y RAHAIM, o. c., 156-163. Seguimos la edición de Salamanca de 1554. Como en general las citas provienen del libro X de esta obra, nos excusamos de citarlo; mencionaremos en cambio el libro, cuando se trate de otro diverso del X.

## I

## EL NOMBRE Y SU SIGNIFICADO

El nombre mismo de *episcopos* abre un primer resquicio al estudio más profundo: la superintendencia —este es el sentido etimológico de la palabra— implica una solitud pastoral: “perspectiorem curam vigilantiorumque solertiam”. “Episcopum esse idem sit quod in perpetua specula persistere indefesseque suo gregi invigilare et prospicere”<sup>3</sup>.

El obispo, “nihil aliud quam pastor”, asume por lo tanto un oficio de apacentador de una grey. Oficio fundamentalmente pacífico y pacificador:

Pastoris vero munus ab omni est tumultu longissime alienum, ovium innocentia, taciturnitate et simplicitate dulcissimum, ac subinde prae se ferens, tum silentium illud quo suam Christus familiam voluit a terrenis abstractam coelestium negotio vacare, tum et sinceram et silentissimam obedientiam, quam sine ulla responsatione oves suas Christus voluit suis administris exhibere<sup>4</sup>.

La calidad teológica de la dignidad episcopal deriva de un peculiar modo de representar a Cristo dentro de la comunidad eclesial. El “esplendor sacerdotal” del obispo proviene de su participación especial en la capitalidad de Cristo, superior a la simple participación sacerdotal:

...sacerdotes ergo repraesentant Ipsum [Christum] secundum peculiarem actum personalem, quo se in cruce pro nobis obtulit; episcopi vero, non solum in hoc quatenus sacerdotes sunt, verum quatenus episcopi, etiam secundum id quod caput erat institutorque Ecclesiae<sup>5</sup>.

Si el sacerdocio en general lleva consigo, según la doctrina tomista, una potestad sobre el Cuerpo eucarístico de Cristo y sobre su Cuerpo místico, que es la Iglesia, ambos adquieren un relieve y ámbito superior en el Obispo. El realiza el sacrificio eucarístico, y además ordena los ministros de la Eucaristía, consagra templos y vasos sagrados; por otra parte, respecto al pueblo cristiano, él recibe especial misión de adoctrinarlo y gobernarlo. Todo ello se manifiesta en los ritos más plenos de su propia consagración<sup>6</sup>.

## SUCESORES DE LOS APÓSTOLES

Esta más perfecta representación de Cristo sacerdote va ligada a

<sup>3</sup> q. 1, art. 1, p. 859.

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 860.

<sup>6</sup> *Ibid.*

su condición esencial de *sucesores de los Apóstoles*. Los obispos son “omnes ac soli qui proprie loco Apostolorum successerunt eorumque funguntur vicibus”. La noción teológica de Apostolado —en el sentido estricto del concepto— contiene, según Soto, diversos aspectos o funciones: la autoridad de regir al pueblo cristiano, la misión de adoctrinarlo en la fe y en las buenas costumbres, y la facultad de realizar milagros en orden a confirmar su misión evangelizadora.

En la sucesión episcopal no entra el tercer concepto, necesario en la implantación primitiva de la Iglesia. La autoridad de gobierno no es universal, como en los Apóstoles, sino particular y restringida a una diócesis. La función magisterial, en la que los Apóstoles eran órganos del Espíritu Santo, dotados de palabra profética e inspirada, fuentes de la Revelación, no tiene este carácter en los obispos, pero conserva toda su virtualidad: “In secunda autem eiusdem potestatis *virtute*, quad est praedicare fidem, gradus sunt dignoscendi”. En la cúspide de los grados están los Apóstoles; luego viene el Papa y el Concilio o Colegio episcopal, que interpreta la Revelación sobre la base de la Escritura y de la Tradición. Por fin, vienen los obispos, singularmente considerados; ellos poseen la

facultas... praedicandi, interpretaendi, amplificandi persuadendique ea quae Christus per se perque Apostolos docuit<sup>8</sup>.

#### DIGNIDAD ONTOLÓGICA Y PERSONAL

En esto se funda la *dignidad ontológica* del episcopado, de carácter evidentemente divino. La dignidad apostólica, “cui muneri annexa est episcopalis dignitas”, ordenada al ministerio de la palabra y al gobierno de la Iglesia, es una institución durable y permanente, como la misma Iglesia. El honor del apostolado, es —salvadas las diferencias antes mencionadas— el honor del episcopado. La edificación del Cuerpo Místico de Cristo (Eph. 4, 12) hace imprescindible la tarea pastoral episcopal; por lo mismo afirma de los obispos: “Adeo a Christo instituti sunt, ut quantum Ecclesia, tantum essent duraturi”. La transición de la Ley Vieja o mosaica a la Nueva Ley, supone también el paso al nuevo sacerdocio y pontificado. El universalismo y la difusión de la Iglesia requerían, no uno, sino muchos pontífices. Cristo, “solus Ecclesiae fundator”, instituyó para su obra los predicadores de su mensaje y los magistrados que la gobernasen y constituyesen los ministros de los sacramentos: es, pues, el autor del “carisma” del episcopado,

<sup>7</sup> q. 1, art. III, p. 865.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 865-6.

don de Dios a su Iglesia, según palabras de S. Pablo (I Tim. 3-4)<sup>9</sup>.

Con esta estrecha vinculación al designio y potestad de Cristo, Domingo de Soto quiere salvaguardar la dignidad episcopal de toda posible alteración esencial —también en sus funciones— por parte del Romano Pontífice.

Cum Papa episcopum eligit aut confirmat, non magis instituit episcopalem dignitatem, quam instituitur Papalis dum ipse eligitur, sed sola persona ed eandem dignitatem applicatur... Est ergo certo certius, et si sic de his quae sunt fidei loqui liceret, luce evidenti<sup>us</sup> *Christum instituisse* dignitatem episcopalem, quae modo in Ecclesia viget... Cum Papa episcopos creat aut episcopi sacerdotes ordinant, nil aliud faciunt quam, ceu Christi ministri, Dei mysteria dispensare<sup>10</sup>.

Más tarde, cuando hable de los abusos del tiempo, en buena parte cohonestados por las dispensas pontificias, recordará la inalterabilidad de la dignidad episcopal de modo más concreto:

Potestne [Papa] inquam afficere, ut functio episcopi non sit sacramenta ordinum administrare, populumque docere ac moribus instituere, et, quod nomen eius sonat, gregi invigilare?<sup>11</sup>.

De la dignidad institucional del episcopado, brota la necesaria *dignidad personal o subjetiva* de los obispos: sus cualidades son la prudencia, la sabiduría, la probidad o santidad. Ellos han de ser "sicut sol ad illuminandum et sicut norma ad regendum. Hinc ergo perpendendum quantum sit dignitatis ac sanctitatis culmen episcopo necessarium"<sup>12</sup>.

#### EXIGENCIAS DE CARÁCTER DIVINO: FUNCIÓN DE CARIDAD

La vinculación a la función apostólica, tan fuertemente recalcada por Soto, es una fuente de exigencias subjetivas en los obispos:

"...tamquam Apostolorum custodes... sint animarum custodes quas Christus proprio sanguine redemit. Ob idque *eadem* esse debent tum scientia, tum etiam vitae eminentia instructi, ut quod de Christo ait Paulus, valeant ecclesiam suam sine ruga et macula Deo in die iudicii praesentare: pro quo persolvendo munere, mortem etiam, si opportuerit, optetere"<sup>13</sup>.

Lo mismo dirá, comentando las clásicas palabras de S. Pablo a Timoteo (I Tim. 3, 1), *Qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat*. El episcopado, quae, "omnium est optimum munerum quae in Eccle-

<sup>9</sup> q. I, art. IV, p. 868.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 869.

<sup>11</sup> q. III, art. I, p. 888.

<sup>12</sup> q. I, art. I, p. 860.

<sup>13</sup> q. II, art. I, p. 875.

sia sunt", exige amplia irreprehensibilidad en quien asume tal carga :

Ubi tam amplam tamque divitem virtutum suppellectilem ab episcopo desiderat, ut, licet nullam faciat comparationem, vix illae possint, nisi in eo qui praestantissimus est, acervari<sup>14</sup>.

La dignidad e institución episcopal y las exigencias que comprometen a quienes asumen este oficio, son de derecho divino. La afirmación contraria es el escudo (clypeus) con que se defienden quienes tratan de aflojar la gravísima obligación de la residencia. Aludiendo irónicamente a Ambrosio Catarino, dirá que quiso armarse con este principio "*in defensionem ut ipse arbitratur, episcoporum, videlicet ut eos a jure divino residendi liberaret*"<sup>15</sup>. Pero Domingo de Soto defiende resueltamente el carácter esencialmente divino de la institución, de la sucesión y de la dignidad episcopal, reduciendo al Papa a ser ejecutor de una ley de Cristo, al designar a las personas concretas para el cargo"<sup>16</sup>.

Por eso, el compromiso episcopal se refiere directamente a Dios y no de igual forma al Romano Pontífice :

...non Papae, sed ipsissimo Deo fidem suam obstringere, qui personam induit episcopi...<sup>17</sup>.

El precepto divino dado a los Apóstoles de apacentar la grey de las ovejas del Señor tiene plena validez en el caso de los obispos :

Si oves sunt Domini, cuiusnam pastores nisi Domini et cuius praecepto pascere tenentur, nisi Domini?<sup>18</sup>.

La función episcopal, cuyos ministerios concretos describiremos en la segunda parte, se nos presenta nítidamente como una tarea de *caridad*: "Charitatis officium", lo define en un lugar<sup>19</sup>. Así como de S. Pedro exigió Cristo "charitatis culmen", de igual suerte lo pide la carga pastoral del obispo. Su misión es de servicio al prójimo; su caridad debe ser profunda y firmísima :

*Principale et finale* in episcopatu esse episcopalem operationem per quam proximorum utilitati intenditur.

...eas debent in charitate radices iecisse, ut a nullo vento possint inde eradicari<sup>20</sup>.

### ESTADO DE PERFECCIÓN: "GENUS VOTI"

Esto nos lleva a la consideración del episcopado como estado obje-

<sup>14</sup> Lib. III, q. 6, art. II, p. 255.

<sup>15</sup> q. I, art. IV, p. 867-8.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 869.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 871.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 872.

<sup>19</sup> q. II, art. 1, p. 873.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 873 y q. III, art. IV, p. 902.

tivo de perfección. Domingo de Soto salpica su tratado de expresiones inequívocas: el episcopado es “perfectionis magisterium”; los obispos son “magister perfectionis”, “profitentur perficere”, “perfectionem docere”<sup>21</sup>. Por eso, siguiendo a S. Tomás, lo sitúa por encima del estado monástico y religioso;

*Status perfectionis longe altior quam monachorum. Profitentur enim sollemniter, non doceri, sed docere*<sup>22</sup>.

Est enim status non utcumque perfectionis, ut religiosorum, qui perfectionem discunt; sed qui illud requirit perfectionis culmen, ut gregem suum eandem doceat<sup>23</sup>.

...religiosi solum tamquam discipuli eiusque sequaces illam profitentur. Episcopi vero tamquam doctores, quasi illam iam assecuti... Unde Dionysius elicuit perfectionem episcopo active tamquam perfectori congruere; monacho vero passive tamquam perficiendo<sup>24</sup>.

Cum perfectio monacho sit propriae salutis studere; episcopi vero perfectio eo sit excellentior quod proximorum salutis debeat incumbere<sup>25</sup>.

Episcopalis status in hoc consistit, quod aliquis ob divinam dilectionem proximorum salutis curandae seipsum mancipat; id quod Christus dum Petrum eligit, plene docuit. Haud enim praemisit, *Diliges gregem plus his, sed diliges me*. Nulla enim dilectio nisi ex divina derivetur, sufficit ad subeundos labores persistendumque in vigilia et sollicitudine quae episcopali functioni est necessaria. Quare episcopus non ecclesiae tantum aut populo, sed Deo ipsi fidem suam obligat, ut tamquam fidelis dispensator et prudens gregem suum gubernabit. Quae quidem obligatio *genus voti* est, ut S. Thomas, in calce quaestionis ait<sup>26</sup>.

Estos principios luminosos aclaran el problema de si es lícito abandonar la cura episcopal para pasar a la contemplación o al estado religioso. El vínculo episcopal —*genus voti*, por lo tanto ligado a Dios—, plásticamente significado por las ceremonias del rito consecratorio, de por sí es perpetuo:

Perpetuo vinculo obligatus restat episcopus ecclesiae suae quam sibi per annulum fidei desponsat. Quapropter, divortium esset, si non cum illa perpetuo permaneret<sup>27</sup>.

La dulzura de la contemplación, el evitar molestias, o la comodidad personal, no pueden ser motivos para que el obispo abandone su Iglesia. Luego pasa lista Domingo de Soto a los impedimentos que pueden inducir a dejar el estado episcopal, considerados “respectu functionis”: defectos espirituales o corporales, irregularidades, falta de

<sup>21</sup> q. V, art. VII, p. 963 y 966; q. III, art. IV, p. 901 y q. I, art. IV, p. 870.

<sup>22</sup> q. I, art. II, p. 862.

<sup>23</sup> q. II, art. I, p. 875.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 876.

<sup>25</sup> q. II, art. IV, p. 884.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 883.

<sup>27</sup> *Ibid.*

ciencia o de prudencia, escasa salud y vejez, dureza y resistencia del pueblo<sup>28</sup>. De los principios anteriormente expuestos, deduce Soto sus conclusiones.

Cuando se trata de una deficiencia personal (simonía, herejía, u otros delitos) que exigiera la deposición y fuera acompañada de infamia, lo priva de la autoridad moral que se requiere para regir, y, en consecuencia, debería renunciar al episcopado. Si la infamia no fuera culpable, está obligado a liberarse de ella. Si existe una falta de ciencia o de prudencia, el hecho de haber sido elegido no resuelve el problema de conciencia; el aceptar el episcopado en esas condiciones sería grave pecado y siempre subsiste la obligación de renunciar a él. Si pesa sobre el obispo la vejez u otra enfermedad, no se impone la abdicación, pero puede ser aconsejable, *retenta aliqua sustentatione*. También según antigua costumbre puede buscarse un coadjutor: "Tanta tamen esse potest autoritas in sene, ut consultius esset in magistratu persistere et sua umbra gubernare, quam alteri committere"<sup>29</sup>. Por último, en algún caso extremo de dura resistencia por parte del pueblo puede justificarse el paso a otra parcela de la viña del Señor:

Nam propterea quod aliquantulo sit populus durior, non illico per desperationem respuendus est, sed divino praesidio confidendum, At tunc reliquere eos licet, tametsi ad id nulla emergat obligatio, quando nulli sunt inter improbos probi, sed labor omnino existit infrugiferus ac perinde supervacuus. Solet enim ob defectum populi inepta esse Praesulis praedicationis... Unde saepe agitur in anima perfectorum, quod cum laborem suum sine fructu esse considerant, in locum alium ad laborem eum fructu migrant<sup>30</sup>.

Sobre todos estos casos particulares, se levanta la norma general clara y contundente:

Cum perfectio monachi sit propriae salutis studere, Episcopi vero perfectio eo sit excellentior, quod proximorum salutis debeat incumbere, consequens fit ut *quamdiu utilis esse possit ecclesiae*, eidem muneri debeat impense suas navare operas<sup>31</sup>.

#### APETENCIA Y RECUSACIÓN DEL EPISCOPADO: HONOR Y TAREA

Tras estas consideraciones de orden teórico, podemos comentar las ideas de Domingo de Soto acerca de las trilladas cuestiones *De episco-*

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 884.

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> *Ibid.* En cualquier caso necesita el permiso del Papa. Soto salva el principio de la primacía de la salvación personal, que por ningún motivo puede ser preterida: "per nullum impedimentum homo curam propriae salutis praeterire debet". *Ibid.*

*patu optando vel recusando* (S. Thomas, II-II, q. 185). Estas cuestiones, aparentemente bizantinas, nos ponen con sano realismo frente a la realidad concreta divino-humana del episcopado. Ya S. Agustín, citado por Soto, decía del episcopado, “nomen operis, non honoris... non honor amandus, sed opus”.

El mismo S. Gregorio parecía referirse con nostalgia a épocas antiguas en que “nihil tunc episcopis quam bonus opus in votis erat”. Mas los tiempos habían cambiado y el largo proceso secular de la fase iniciada con Constantino, había convertido las estructuras jerárquicas de la Iglesia en algo sumamente complejo en que lo espiritual era en buena parte ahogado por elementos terrenales y francamente mundanos.

Domingo de Soto, después de muchas horas de vuelo en cátedra, en el Concilio y en general en el profundo problema de la Reforma, nos presenta la anatomía clara del episcopado con tres aspectos primordiales recogidos en S. Tomás: El primero, “omnium caput et finis; episcopalis operatio et functio, per quam communi saluti populi consulitur”. El segundo, estrechamente unido al primero: “ordinis gradus... celsitudo... et eminentia”. El tercero, consecuencia de ambos: “honor... reverentia... copia proventuum”<sup>32</sup>. Sin confusionismos ni mixtificaciones ingenuas, hará después la autopsia de las humanas disposiciones e intenciones, todas posibles y tristemente reales en los tiempos del célebre dominico.

El apetecer el episcopado por las ventajas temporales (*proventus*) es verdadero “crimen ambitiosae cupiditatis”. Se busca como fin, lo que es simple medio; se da una *perversa appetitio*. El buscar con sentido exclusivo la preminencia y el honor, es “criminosum”: “eiusmodi gradus altitudo, consequens est ad operis functionem; quare cum illa primum appetitur, praepostera est appetitio”. El desear primordialmente el servicio de las almas, será, de por sí, altamente recomendable. El comprometerse seriamente a ello, pero buscar los honores, lo califica de presuntuoso<sup>33</sup>.

En línea teórica existe una actitud legítima y pura. Soto recoge una frase de S. Gregorio y se refugia en la nebulosa de la primera Iglesia:

Unde Gregorius, 1.<sup>a</sup> parte *Pastoralium*, cap. 8. Tunc, inquit, laudabile fuit episcopatum quaerere, quando per hunc quemquam dubium non erat ad supplicia graviora pervenire. Quibus verbis —añade Soto— scienter explicuit, ipsum per se bonum opus esse, ubi culmen celsitudinis non habet annexum. Quare tunc temporis rari erant qui id oneris sibi imponi cuperent: nempe illi dumtaxat qui charitatis zelo ad id divinitus excitabantur<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> q. II, art. I, p. 872.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 873.

<sup>34</sup> *Ibid.*



En cualquier caso, hay que salvar la limpieza de intención: “desiderium, non in celsitudinem et primatum, sed in obsequium ipsum Dei gregisque benefitium conferatur”<sup>35</sup>. Soto, implacable con todas las pobres componendas del espíritu humano, queriendo aportar algo más de luz (*plusculum lucis*) irá analizando con detalle posturas posibles y descubriendo las variadas formas de presunción y ambición, a la luz de un principio inexorable: *perversio ordinis rerum*<sup>36</sup>. La necesidad de la Iglesia es la idea motriz que puede despertar el deseo más santo del episcopado; aún en ese caso lo estima Soto reprochable o presuntuoso. Después de trazarnos con fuertes pinceladas la altísima dignidad del episcopado y sus gravísimas exigencias, concluye con este largo párrafo:

Hoc ergo scopo ob oculos posito, si quis hoc munus propter bona temporalia cupit, iam dictum est quam perversum habeat affectum. Si vero id propter animarum salutem appetat, tunc, aut dignum se atque idoneum sentit, aut secus: si non se arbitratur idoneum, iniquus est, vix puta iniustitiae crimine implexus; si autem idoneum se esse censet, liber esse debet a praesumptionis metu, nam vix ullus citra culpam valeat tantum sibi dignitatis adscribere, quantum munus hoc expostulat. Quando vero palam est Ecclesiam virorum inopia laborare, qui ei pro rei dignitate inservire possint, tunc qui plane se videt ad eandem provinciam aptum, licet illam ob salutem animarum optet, eadem necessitate excusari poterit.

Igitur si episcopatum mente expetere peccatum est, quanto deformius illud opere procurare et ambire? Porro ergo depudendum est quod tam licenter tamquam perfricata fronte praefecturae huiusmodi petantur, procurentur et ambiuntur<sup>37</sup>.

Si en la cuestión de la apetencia del episcopado nos ha descubierto Domingo de Soto las formas sutiles de tentación que pueden acechar a quien lo desea, en el problema de la recusación insistirá nuevamente en la grandeza del estado episcopal, situándolo en la altura que merece y tratando de salvaguardar la jerarquía de valores que debe presidir las decisiones humanas. El problema se plantea en el ámbito del contraste entre las miras o intereses personales y las exigencias del bien común de la Iglesia. La dulzura y eficiencia de la vida contemplativa, los sentimientos de humildad, el ejemplo de los santos que huyeron de la carga episcopal, son otros tantos requerimientos para recusar el oficio. Ya S. Agustín, en su carta a Eudoxio, citada por Soto, advertía equilibradamente: “Si qua, id est, aliqua ratione, operam vestram mater ecclesia desideraverit, nec elatione avida suscipiatis, nes blandiente desidia respuatis; sed miti corde obtemperetis Deo, cum man-

<sup>35</sup> *Ibid.*, y en la p. 874: “loci altitudo natura sua non est propter se appetenda, sed ut quis super candelabrum erectus, luceat omnibus qui in domo sunt”.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 875.

suetudine portantes eum qui vos regit, qui dirigit mites in iudicio, qui docet mansuetos vias suas. Nec vestrum otium neccessitatibus ecclesiae praeponatis, cui parturienti, si nulli boni ministrare vellent, quomodo nasceremini, non invenietis<sup>38</sup>.

También Soto se mantiene en una línea equilibrada, a igual distancia de los dos extremos viciosos: la ambición o la pereza.

Quemadmodum ad inordinationem voluntatis pertinet ut proprio motu sese ullus gubernandi periculis subdat; ita et eius pravitas est superioris iudicio et praecepto se subducere... Hinc ergo sit nostra conclusio: nota: videlicet, utrinque subditi voluntatem periclitari, nempe, et dum proprio motu ad episcopatum sese infert et dum a superioris iussu se aufert<sup>39</sup>.

En el inmoderado afán por sustraerse al episcopado, ve Santo Tomás dos inconvenientes reprobables: la repulsa de la caridad al prójimo, a quien puede ayudar y la violación de la humildad y de la obediencia a su superior. Una vez más, S. Agustín, citado por Soto, nos dice con frase lapidaria y maravillosa en la Ciudad de Dios, XIX, 19: "Otium sanctum quaerit charitas veritatis: negotium iustum suscipit necessitas charitatis. Quam sarcinam, si nullus imponit, percipiendae atque intuendae vacandum est veritati. Si autem imponitur, suscipienda est propter charitatis necessitatem"<sup>40</sup>.

También el célebre profesor salmantino nos ofrecerá con otra terminología más escolástica y geométrica el mismo principio jugoso y fresco del obispo de Hipona.

...cum bonum commune praestantius sit particulari, non solum magistratus et persona publica, verum quicumque privatorum debet illud suo privato commodo anteferre. Unde licet quis maiorem recreationem et dulcedinem in oratione sentiat et abstinencia, ubi tamen noverit bonum publicum periclitari, suum proprium otium debet sua sponte, etiam iniussus, deserere, ut ad predicandum prodeat vel ad aliud commune bonum, etsi opus ad id fuerit solidiori cibo uti(!)<sup>41</sup>.

Esta norma luminosa, se exceptúa en el caso de que entre en juego la salvación eterna del interesado:

...etsi bonum commune sit praestantius particulari, tamen cura eius ex proprio officio soli personae publicae incumbit. Salus autem spiritualis cuiuscumque sibi ipsi proprie commissa est. Et ideo subditus quicquid sua propria autoritate inceptaverit, debet facere secundum quod expeditius conducentiusque ad suam propriam animae salutem fuerit arbitratu. Quare licet videat quam maxime posse bono communi prodesse, si tamen prudenter timeat periculum suae salutis spirituale inde offerri,

<sup>38</sup> q. II, art. II, p. 877.

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> *Ibid.*

quod utique putat non posse vincere, nequaquam debet se illi committere. Praelatus vero econverso secundum indigentiam boni communis iudicare debet quid cuique imperet. Et ideo metuenda est illinc utique superbia atque hinc rursus inobedientia<sup>42</sup>.

En ese punto se muestra sanamente inflexible el teólogo segoviense: como el episcopado no es de necessitate salutis, a no ser que tercié grave obligación de obediencia, se puede siempre rechazar, e inclusive hacer voto de no recibirlo, salva la sumisión a la autoridad. Y es obligatorio el hacerlo cuando se ve en él vehemente peligro personal de condenación, así como sería pecado de odio el deseirlo en esas condiciones para otro, aun previendo grandes frutos pastorales:

...e diametro repugnat charitati Dei salutem spiritualem propriam saluti totius orbis posthabere.

...licitum tibi sit id *de altero* desiderare, quin vero et procurare; et ideo quantumvis tibi aliter esset amicissimus aut alia necessitudine coniunctissimus, id debes optare. Et ratio est manifestissima: quoniam bonum universale praestantius est particulari atque adeo, *proprio excepto*, magis est optandum quam bonum spirituale cuiuscumque amici... si elector esses, deberes eum eligere; ipsi enim electo examinare incumbit, quid sibi expediat.

quippiam alicui optare —*se refiere al desear para otro el episcopado con fundado temor por su salvación personal*— quod illi est ad salutem suam periculosum et probabilissime nocuum, videtur ad odium pertinere<sup>43</sup>.

Si las raíces de la voluntad de repulsa entroncan con motivos ascéticos de humildad, Soto nos recuerda fuentes más valiosas de méritos ante Dios: "potest fidelis servus et prudens in administratione ecclesiae creberrima praestare officia, quae simul multi sint apud Deum cumulatoris commendationis quam unica humilitatis ratio"<sup>44</sup>.

Si, por último, se contrapone la excelencia de la vida contemplativa, nuevamente el principio del bien común inclina en su favor la balanza:

...etsi vita contemplativa excellentior sit quam activa, tamen ex altera parte *bonum commune* praestantius est particulari, et ideo tenetur homo, cum ad episcopatum accersitur, etiam cum aliquo spiritualis otii detrimento iussa capessere... spontanee nullus se debet ingerere. At vero, quando superioris mandato accersitur, iam tunc saluti suae magis expedit obedire: tum quod, etsi ratione actus contemplatio sit melior, tamen ratione obiecti *servire communi bono* excellentius est; tum etiam quod virtus non solum ex obiecto, existimanda est, sed ex necessitate, quae in tali casu ingruit... Additur... hoc ipsum ad maiorem dilectionem Dei

<sup>42</sup> *Ibid.*

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 879-80

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 879.

pertinere. Opettius enim Deo est et charius ut cura suarum ovium quas suo sanguine redemit impense habeatur, quam ut quae ipsius contemplationi vacetur<sup>45</sup>.

Además no hay que olvidar que la carga pastoral implica los dos modos de vida, el contemplativo y el activo. Soto nos dirá esta vez poéticamente, que los obispos deben ser "sicut nubes volantes: nempe divinorum contemplatione pluviam concipientes, qua praedicando subditorum animos foecundent"<sup>46</sup>.

En conclusión, la serena norma prudencial de Soto viene animada por imperativos de caridad y de modestia. No buscar ni la exaltación ni la propia comodidad, ni el mando responsable ni la inhibición perezosa. Colocarse sin presunción y sin remilgos ante las necesidades de la Iglesia y los mandatos de la obediencia. Esta virtud que en sentido estricto se refiere a la sumisión al superior jerárquico, esto es al Papa, no obliga con igual fuerza frente a otras personas que pueden intervenir en la designación. Una vez más Soto nos habla con sentido realista y poco asustadizo:

Sed percontaris quinam censendus est praelatus cui est de necessitate in hac parte auscultandum: an solus Papa... an etiam electores... Imo reges iam sunt qui electorum loco praesentant. Respondetur quod quantum ad rigorem iuris solus praelatus qui rite iurisdictionem habet, necessitatem infert ut citra inobedientiae crimen nequeas eius iussa retractare: imo tum dumtaxat, quando in virtute obedientiae id praeceperit. Attamen quando electores sunt viri probi, qui sancto zelo electionem faciunt, non opus est electum *difficilem se gerere*. Imo conculcius est electionem acceptare... Enimvero in eiusmodi honoribus fugiendis cicumspetus esse quisque debet: nam solent ut Schytae fugientes in tergum periculosius vulnerare, solent, inquam, saepe istarum dignitatum despectores peiori inde superbiae raptu corripí, quam si acceptarent, metuerent<sup>47</sup>.

¡Cuánta naturalidad y qué firmeza y limpieza de principios en estas frases de Domingo de Soto! Y, por otra parte, ¡qué vivo sentido realista y qué madurez de experiencia, frente a una situación en que no era normal que se mostrasen difíciles e irreductibles los candidatos! Sin embargo seamos justos: es el siglo en que Francisco de Vitoria diría descaradamente desde su cátedra que muchos de los que iban a estudiar a Salamanca o de los que merodeaban la Corte, no hacían sino ambicionar el episcopado. Y, por otra parte, es el siglo en que los mejores rechazaron enérgicamente la mitra, aun cuando al fin algunos la aceptaran<sup>48</sup>.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 878.

<sup>46</sup> *Ibid.*

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 879.

<sup>48</sup> Comment. in II-II, q. 185, t. VI, p. 329. Renunciaron a la mitra Cano, Pedro de Soto, Carranza, S. Tomás de Villanueva, etc.

## RESPONSABILIDAD DE LOS ELECTORES

No cabría rematar estas ideas bien templadas de Soto sin las palabras con que grava seriamente la conciencia de cuantos de algún modo tienen responsabilidad en la elección de los obispos:

Quod si in omnibus sacerdotiis et praecipue in habentibus animarum curam necessum est [ut dignior eligatur], quanto id magis necessarium in episcopis praeficiendis? Utpote quorum administratione tota salus spiritualis Christianae Reipublicae periclitatur, ac perinde ipsissimus Christi sanguis, qui per ipsorum, non modo iniquitatem et fraudem, verum inscientiam, ignaviam et socordiam frustrari potest, et saepissime solet, suae redemptionis fructu. Sibi ergo videant quibus id muneris incumbit, quantum debeant solerter oculis perlustrare eorum merita, quos Apostolis ipsis divinitus electis substituunt. Atqui eos praesertim cavere debent, qui huiusmodi honores ambiunt. Illi enim non pastores ovium habendi sunt, qui pro ipsis sanguinem fundere anhelent, sed lupi qui ipsarum sanguinem sitientes, nihili pendunt eorum animas extinguere<sup>49</sup>.

Esta página de gran sentido religioso nos resume de modo maravilloso el hondo pensamiento pastoral de Soto: su elevada entonación teológica va unida al convencimiento del carácter neurálgico de la calidad de los pastores en los destinos de la Iglesia y la visión realista de la responsabilidad de cuantos interfieren en la designación de quienes han de suceder a los Apóstoles. En última instancia la dignidad es una categoría que va estrechamente condicionada por las tareas que impone la carga pastoral. Es hora de definir las en la segunda parte.

## II

## EL PASTOR ESPIRITUAL Y SU OFICIO

Partiendo de una noción de raigambre bíblica, como la de *pastor*, Domingo de Soto desentraña su contenido esencial y nos define con trazo seguro la función episcopal:

ostensum est genuinum episcopi munus, officium esse pastoris... Omnes ergo functiones quae pascendo gregi accommodantur, sunt dignitati episcopali, quatenus cunctis communis est, partes et qualitates... primum pastoris officium esse vitam praebere gregi eundemque alere, sanare, sustentare<sup>50</sup>.

Esta idea genérica se explicita mejor en tres órdenes fundamentales de acción, propios de la actividad episcopal:

<sup>49</sup> q. II, art. III, p. 881.

<sup>50</sup> q. I, art. III, p. 865.

a) *la administración de los sacramentos*: regeneración (Bautismo), fortalecimiento (Confirmación), alimento (Eucaristía), sanación (Penitencia), etc.

b) *adoctrinamiento del pueblo en la fe*, no sólo iniciándolo en los principios cristianos, —esto corresponde a los sacerdotes—, sino en un grado superior de magisterio: "...altiora fidei mysteria explicando sacram scripturam propalare ac morum probitate gregem imbuere et instituere. Et hoc proprie pertinet ad officium episcopi".

c) *gobierno y corrección de la grey*.

En todas estas funciones el obispo posee una potestad plenaria que el simple sacerdote no la posee; si estos son realmente pastores, no lo son "absoluti et perfecti"<sup>51</sup>.

Soto, que no escribe un tratado de pastoral, no precisa con mayor riqueza las posibilidades programáticas de estas funciones concretas, sino que se limita a darnos ese esbozo teológico. Luego completará un tanto el cuadro al hablar del problema de la residencia. Cabría reflejar mejor su pensamiento en dos cuestiones, ya apuntadas, ambas interesantes en la época tridentina y de actual importancia: el deber de predicar y el carácter fontal de su sacerdocio.

#### EL DEBER DE PREDICAR: ¿OBISPOS TEÓLOGOS O JURISTAS?

Aunque no de el relieve que le dan otros autores de su época a la primordialidad del deber de predicar, Soto ya apunta suficientemente a esta misma idea, al afirmar: "Nam ut ab ipso pastoris nomine, quod episcopi proprium est, exordium sumamus, equis dubitet *praecipuum* pastoris munus esse sacrorum eloquia revolvendo recolere ac meditari, unde doctrinae pabulum gregi subministret?". Y la corrobora con textos de la tradición patristica y canonística, así como con el rito de entrega del evangelio en la consagración episcopal, "quo admonentur populo sibi commisso praedicare"<sup>52</sup>.

La función magisterial, por otra parte, no debe ser exclusivamente negativa, esto es, evitar y remediar las herejías, sino eminentemente positiva:

Vide ergo quam longe ab scopo aberrat qui episcopi munus non alius existimet quam haereses extirpare, cum alia praeterea sint multo illis magis peculiaris quam causas audire. Eo vel maxime quod si tunc sunt

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 864-5.

<sup>52</sup> Lib. III, q. VI, art. II, p. 259. Por aquella época existía alguna confusión acerca de la derivación de las facultades magisteriales de la fuente que era el obispo. Cfr. ALBERIGO, o. c., p. 291 ss.

necessarii quando haereses pullulant, fit subinde ut magis sint semper necessarii ne unquam ferantur. Chirugi sunt et causicidi, qui cum litibus victitent, nollent iurgiorum causas praescindi. Cura autem episcopali longe alia esse deberet, nempe ut populus adeo esset semper fide instructus, moribusque compositus, ut neque haeresibus neque litibus ulla relinqueretur ansa<sup>53</sup>.

No está de más el indicar que estas ideas las explaya Domingo de Soto al tratar de una cuestión, que, bajo apariencias de tradicional e irónica pelea entre juristas y teólogos, encerraba un innegable contenido teológico: esto es, si el obispo debía ser hombre de leyes o maestro en Teología. El problema, calificado de "trivial", se debía a la posición de dos canonistas eminentes, como el Hostiense y el Panormitano, para quienes, al menos en momentos de nacimiento de herejías, era preferible el canonista. Soto, que se reconoce como parte interesada ("quamvis mea me professio in suspitione de hac re adducere possit"), trata de salvaguardar la verdad en tiempos en que era necesario hacerlo: "haud tamen idcirco, his maxime temporibus, dissimulanda est veritas: ego enim minime de me ignoro quam sim talium meritorum expers"<sup>54</sup>.

El dominico afirma resueltamente su preferencia por valores de orden moral, poniendo con ello de relieve la categoría sagrada de la misión episcopal:

In primis si mea oppinio illius esset momenti, quae in consilium admitti deberet, *malem* ut post morum honestatem, prudentia viri roburque animi mansuetudine insignitum atque in agilibus dexteritas perpendere, quam scientiae eminentia: dummodo illa doctrinae mediocritate polleret, quae pondus ei autoritatis adiungeret. Itaque persona aestimanda cum primis est, non haec aut illa scientiae facultas. Tametsi ille in quo haec omnia excellentia doctrinae illustraret, maiori iure esset super ecclesiae candelabrum erigendus<sup>55</sup>.

Pero afrontando directamente la cuestión planteada, Soto se inclina con seguridad por la ventaja del teólogo sobre el canonista. El obispo es pastor y maestro: su propio nombre, la tradición más genuina de los Santos Padres, Concilios y cánones, los ritos mismos de su consagración, manifiestan, fuera de duda, su obligación grave de conocer y meditar el Evangelio que ha de predicar al pueblo. Entre los primitivos obispos no se encuentra uno que no sea teólogo. Y si es necesario para el régimen y gobierno el conocimiento de las leyes, esto puede subsanarse por otros medios, y, en cualquier caso, la Teología ha de mantener fresco el auténtico sentido de los cánones:

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 259.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 259.

...in hoc etiam deberet superintendere —*dice comentando el nombre de episcopos*— canonico iuri, licet non illud memoria retineret. Enimvero cum ex Theologia ius ecclesiasticum promanaverit, per eamdem facultatem debent legitimi sensus canonum examinari. Praesertim quod illa iura quae ad munus episcopale quicquam referunt, Theologi, si modo secundum nomen scientia polleant, oculatius emunctiusque callere debent. Quod si minus calleant, multo est episcopo dignius, ut veluti de Moyse, Exo. 18 legitur, viros idoneos audiendis saecularibus causis exponat, quo ipse sacrosanctae meditationi et christianae doctrinae incumbat, quod, ut viceversa, a dulcedine scripturae avulsus, saecularibus complicitur<sup>56</sup>.

¡Fecunda idea, de gran actualidad en la moderna renovación de la Pastoral, que va calando en el saneamiento de la Dogmática, de la Moral y del Derecho canónico! ¡Y todavía de mayor importancia en tiempos de Soto, en que muchas voces se levantaban contra una versión episcopal del pastoreo, excesivamente cargada de mandatos y excomuniones, de pleitos formalistas, de castigos de reales abusos, pero falta de un sentido positivo regenerador! Ante un clima institucionalista y defensivo, Soto apunta a formas más espirituales y evangélicas:

Quapropter non solum ubi haereses pullulant, sed ubi litium desidia serpunt, illic optatior esset Theologus episcopus aut certe vir probitate insignis, qui lites asque prolixis terminis iuris componeret ac rescinderet. Video enim, proh dolor!, plures foveri lites in foro ecclesiastico quam in civili: cum totus conatus episcopi esse deberet in internas hominum conscientias sarrire, discordiarum graminaque convellere et non illuc curam extendere, ut pueros poma ficusque hortorum suffurantes (quia haec est officialium sagina) excommunicationis interneccione ferire; quod adeo est absurdum, ut excusare se iam ecclesiastici iudices nequeant, nisi affirmantes propositum non gerere ligandi.

Sed et ob hoc deberent esse Theologi, ut cognoscerent quanto illis esset habenda maior ratio, ne populus inobedientiae crimine quam excommunicatione ferirent: nam quamvis iudices tale non habeant propositum, populus tamen qui illud nescit, nihilo minus conscientiam sibi vulnerat, dum fictae non paret excommunicationi. Sed de hoc satis in praesentia. Nam et Theologos episcopos eandem video ire viam(!)<sup>57</sup>.

La misma doctrina vuelve a repetir Domingo de Soto, al analizar la cuestión de si debe ser elegido el mejor. De forma más sintética, engarza todas las razones anteriormente invocadas, enfocando de nuevo la función magisterial de modo positivo:

Quae autem scientia in episcopo sit requirenda, Theologiae scilicet an Canonico iuris, loco cit. lib. 3, utcunque disputavimus. Haud enim res digna est quae in disputationem deberet accersiri: est siquidem indigna

<sup>56</sup> *Ibid.*, p.

<sup>57</sup> *Ibid.* Sería interesante al respecto comparar su actitud con la de su discípulo alcalaíno, el B. Juan de Avila.



sententia quae audiatur, illic praecise theologum esse praefendum ubi haereses serpunt. Tum quod cum oporteat haereses esse, ubique et semper timendae sunt, atque adeo docta praedicatione coarmandus populus, ne unquam labasci possit; tum praecipue quod Christus episcopos pastores instituit, qui doctrinae pabulo quam ipse docuit suum gregem saginarent moribusque quos ipse instituit intingerent. Non praecipue doctores legum quas homines postea adiecerunt et litium iudices. Eo praecipue quod canones ex Theologiae fonte derivati sunt. Id quod eius mitra bicornis designat. Ut enim in eius consecratione patet, caput episcopi cornibus non utriusque iuris, sed utriusque Testamenti armatur, ut terribilis appareat, non adversantibus sibi in foro, sed adversariis veritatis<sup>58</sup>.

### OBISPO Y CLERO AUXILIAR

El segundo concepto, susceptible de amplificación en las ideologías de Soto, que quiero destacar, es el del carácter originario o fontal de la misión pastoral del obispo. La idea está apuntada en la obra del profesor salmantino; mas no estaba suficientemente madura en su tiempo, como para satisfacer a las precisiones actuales. Soto plantea el problema, al contraponer a obispo y sacerdote.

Por una parte los asocia en común tarea. Los sacerdotes, que suceden a los discípulos del Evangelio, son llamados "in auxilium episcopi"<sup>59</sup>. La afinidad de funciones hace que en la cuestión de la residencia personal con toda su implicación pastoral, equipare a obispo y párroco: "Quod autem de episcopo assertum curavimus, de cunctis etiam paroecialibus pastoribus subinde est intelligendum"<sup>60</sup>. En el problema de la predicación, aun reduciendo el ámbito de la misma a la enseñanza de la doctrina, insiste en el deber que concierne a los sacerdotes con cura de almas: "Sed rogas numquid et praedicare plebanis etiam convenit et aliqua iurisdictionis imago? Respondetur, prius de praedicatione certum est nihil amplius ex officio necessitate incumbere quam doctrinam, ut dicebamus, christianam populo necessariam docere"<sup>61</sup>.

<sup>58</sup> q. II, art. III, p. 882.

<sup>59</sup> q. I, art. III, p. 866.

<sup>60</sup> q. III, art. I, p. 894.

<sup>61</sup> q. I, art. III, p. 886. No dejan de ser irónicas las palabras con que Soto habla de la predicación de curas ignorantes y de las complicaciones que acarrearán los humanistas: "Enimvero ut decorum et salutiferum est illis paroecialibus sacerdotibus qui *vere Theologi sint* id munus suis plebibus impendere: sic pestilentissimum est *Theologiae ignaris* id committere. Iam enim et co miserabili loco iacet Ecclesia, ut in animarum cura committenda, vix ulla habeatur dignitatis ratio, praeterquam quod neque proprii plebani suas ecclesias administrant, sed per vicarios id faciunt, *vix latine scientes*, nempe per eos quos quam minimo possunt praetio conducunt. Adde quod in aliquibus quas lustravi provinciis, illi fiunt plebani qui cum *neque de limine Theologiam salutaverint, tamen latine et forte graece deturgentes*, putant foeliciter praedicare posse. Et isti sint qui pestilentiores disseminant errores. Salubrius ergo populo est eiusmodi concionibus carere quam infici". *Ibid.*, p. 866.

Pero al afirmar el auténtico carácter de pastores de los sacerdotes los sitúa por debajo de la forma plena y absoluta de los obispos:

Haud ergo negandum est quin sacerdotes plebani *curam vere gerant animarum, quarum etiam exhibituri Deo sunt exactam rationem vereque sint pastores. Perfectum tamen absolutumque nomen solum congruit episcopis, ut de suo ipsorum nomine admonentur*<sup>62</sup>.

Esta perfección mayor está en los más amplios poderes sacerdotales sacramentales, en la jurisdicción que le es específica y en la participación más plena de la capitalidad de Cristo por sus facultades sobre la parcela del Cuerpo Místico que le toca gobernar. Por todo ello es el episcopado "ordo et gradus a sacerdotali distinctus"<sup>63</sup>.

Soto, que niega la sacramentalidad del episcopado, lo ha de colocar "intra lineam sacerdotis", como orden singular, distinto por naturaleza del sacerdocio, pero dentro de la misma esencia sacramental. Siguiendo al Pseudo-Dionisio, lo designará como "ordo sacratior, primus... summus et ultimus", como perfección del sacerdocio con particular virtualidad perfectiva respecto al Cuerpo místico. El sacerdote, sin embargo, es ordenado y recibe la jurisdicción del obispo, utiliza el crisma, vestiduras y vasos sagrados consagrados y bendecidos por él. Esto hace que incluso en orden a la Eucaristía la función del obispo sea al menos "propria et peculiaris". Significada por la mayor solemnidad litúrgica de su consagración. Su superioridad se manifiesta, por último, no sólo en la jurisdicción, sino en sus funciones espirituales y también en el estado de perfección en el que supera a los monjes sacerdotes<sup>64</sup>.

#### APTITUDES PARA LA "FUNCIÓN" EPISCOPAL

Precisadas así las funciones episcopales, Soto podrá ofrecernos la norma práctica para discernir la calidad de los candidatos: será una regla eminentemente funcional. La *electio melioris* no se plantea en el terreno de la pura caridad —criterio ontológico de bondad—, sino en función de la misión pastoral: "ad munus pastorale... expedientior et aptior", criterio que en la mentalidad de Soto sirve para todas las funciones públicas:

Electio personae ad sedem episcopalem *ex eius functione* perpendenda est, utpote quae *finis est propter quem* persona eligitur et bonitas medii est a fine... Ad eiusmodi autem obsequia obeunda et perficienda, non

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 865.

<sup>63</sup> q. I, art. II, p. 862. En el art. I recuerda la más amplia facultad de orden, superior jurisdicción, dependencia en ésta del sacerdote respecto al obispo y representación más perfecta de Cristo en cuanto cabeza de la Iglesia. Cfr. p. 860.

<sup>64</sup> q. I, art. II, p. 861-2.

solum morum probitas et charitas, quae simpliciter facit meliorem, necessaria est, verum virtutes aliae tam intellectuales quam naturales: ut scientia, prudentia, efficacia et gravitas. Non ergo necessum est simpliciter eligere meliorem, sed eum qui ad ecclesiae regimen est expedientior<sup>65</sup>.

Quae autem praeter charitatem in episcopo requirantur, ad tria quae hic S. Thomas refert, reducuntur; quae sunt, instruere plebem fide et moribus et ab haereticorum aliorumque periculis, qui mores pervertunt, defendere, ac demum pacifice gubernare. Nam scopus gubernationis est pax mentium et corporum, han enim ratione filii Dei suum retinent nomen<sup>66</sup>.

#### ACEPCIÓN DE PERSONAS: SERVICIO, NO PREMIO

La idea fundamental que anima esta concepción tan funcional es la de que los ministerios en la Iglesia, son servicios y no premios:

...sacerdotia eorumque stipendia non esse instituta ad remunerationem bonorum, sed dumtaxat ad ecclesiarum servitium... Quare si haec tribuenda sun dignis, non est ea suprema causa quod suae bonitati sunt debita, sed quod elector debet ecclesiae idoneum ministrum pro ratione sui stipendii providere<sup>67</sup>.

No era esto lo que veían sus ojos: “cernimus enim in episcoporum electionibus non tam meritorum quam personarum aut generis aut potentiae rationem duci”<sup>68</sup>. Por eso en el capítulo *de acceptione personarum* dedica densas páginas a este asunto, englobándolo en su género dentro del pecado mortal. Encuadra la distribución de las tareas sacerdotales dentro de la justicia distributiva y la de los bienes eclesiásticos anejos dentro de la conmutativa. Todo ello no es premio de méritos personales, sino compensación de los trabajos pastorales. Insiste nuevamente sobre la finalidad de los oficios públicos, mayormente en los de orden espiritual, para exigir consecuentemente los medios conducentes, esto es, las condiciones propias de quien asume concretas responsabilidades:

Primum ac potissimum quod in eo qui in spiritualibus praefficiendus est populo aestimandum venit, est morum compositio virtutumque ornamentum... scopus proximus praelatorum spiritualium est sempiterna foelicitas ac subinde eorum munus, auxiliares esse Christi ministros... Quibus idcirco una cura esse debet, Christi sanguinem colere eiusdemque redemptionem promovere atque ad divinum amorem subditos provocare et ad Dei charitatem referre omnia, nihil eorum cogitantes quae cum mun-

<sup>65</sup> q. II, art. III, p. 880.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 881.

<sup>67</sup> *Ibid.*

<sup>68</sup> Lib. III, q. VI, De acceptione personarum, art. II, p. 252.

do dispereunt, sed sempiterna illa quae nos in coelis manent. Haec autem nemo curare potest et pro dignitate administrare, nisi in quo idem Christi sanguis fervereat idemque inardescat amor.

Praeter charitatem et honestatem morum requiritur statim sacrorum scientia, prudentiaque et solertia et reliquae animi vires ac dotes ad gubernandum necessariae... Adeo ut liceat nonnunquam expediatque huius gratia, eo qui simpliciter moribus praestantior est posthabito, alterum vita inferior praeeligere, dum tamen pravus non sit et corruptis moribus, nam cui refragatur vita, nulla alia ratio satis refragatur ut fas illum sit ad ecclesiae gubernaculum admovere. Est enim primum praelati sacra docere et per eorum doctrinam et exempla subditos ad divinorum amorem allicere ac promovere. Mox, quia regimen, opus est prudentiae... cum prudentia virtutes omnes coniectuntur, cunctis huiusmodi dotibus praestare debet. Enimvero, ut nisi quod ignitum est calefacere nequit, ita nisi qui charitate ardeat vel lucere aliis potest vel virtutum calorem excitare<sup>69</sup>.

En conclusión condena positivamente la elección de ministros indignos, admite la validez del simplemente digno, pero carga sobre la conciencia la obligación de escoger al más digno, como lo piden la justicia conmutativa y distributiva, el ejemplo de Cristo, la fidelidad a la Iglesia, y la doctrina de los Santos Padres, y del Derecho tanto eclesiástico como imperial. Se añade una razón de orden social: el favoritismo y la acepción de personas, la desconsideración de las calidades morales, intelectuales y pastorales de los candidatos, priva a la Iglesia de altos estímulos, corrompe su funcionamiento y es causa de graves males y herejías: "Unde quanta detrimenta ecclesiae Christi, eius sanguine fundatae succreverint, et haeresum pestes et animarum neglectus apertissime testantur"<sup>70</sup>.

#### NORMA PRÁCTICA PRUDENCIAL

Soto como su antecesor Francisco de Vitoria es realista en la apreciación de la situación ambiente y en las normas que impone: estas, según él, tienen especial aplicación en su tiempo: "illa laboramus personarum inopia, ut vix optio permittatur: imo citra dignissimum vix possit reperiri dignus"<sup>71</sup>. Pero en la formulación práctica de la regla, no apura las cosas por onzas, sino por quintales, como diría Vitoria<sup>72</sup>, y se mueve con amplitud y establece un equilibrado principio de equidad funcional y prudencial:

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 254.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 256.

<sup>71</sup> *Ibid.*

<sup>72</sup> *Comment. in II-II*, q. 63. T. III, p. 254-5.

Maxime adnotandum, non esse attendendum ad causas metaphysicae possibilitatis, sed ut materia moralis exigit, ad quod secundum prudentiam speratur futurum. Enimvero, licet occurrat vir literis clarissimus et prudentia conspicuus, est tamen vecors vel aliis implicitus negotiis, de quo non est tanta spes quod predicabit aut gubernabit secundum suas dotes; vel forte etsi optime moratus, publicis tamen negotiis ineptus: huiusmodi certe hominibus ille praefendus est, qui licet huiusmodi dotibus non sit tan potens, speratur tamen curam sollicitius habiturum diligentiamque adhibiturum ad suum exequendum munus. Eventus autem rei qui praeter eligentium spem subsequuntur, nihil electionem vitiant, ut si negligens postmodum inveniatur, qui diligens credebatur<sup>73</sup>.

### LA RESIDENCIA: PRESUPUESTO DE LA ACCIÓN

Hemos dejado intencionadamente para el final de este trabajo una cuestión capital, en la que confluyen todas las ideas anteriores, que fue caballo de batalla en el siglo XVI: el capítulo de la residencia personal de los obispos. Este problema que —según Soto— ni siquiera pasó por la mente de los antiguos como cuestionable, lo ha hecho célebre la “iniquidad de los tiempos”. En pleno ambiente tridentino, la controversia Carranza-Catarino con sendas obras, marcó el momento culminante de la recia disputa<sup>74</sup>. Soto acumula sus mejores razones en un capítulo denso, que viene a ser un tratado sintético sobre el particular. El deber de residencia es algo incuestionable; la controversia gira en torno al matiz de la obligación: si es de derecho divino o positivo. No era una polémica bizantina, sino que en ella entraba en juego la aceptación o condenación de usos inveterados y de fáciles dispensas pontificias.

Soto, al igual que Cayetano y Carranza, parte de un principio evi-

<sup>73</sup> Lib. III, q. VI, art. II, p. 256-7.

<sup>74</sup> Sobre la discusión tridentina acerca de la residencia puede verse F. GARCÍA GUERRERO, *El decreto sobre residencia de los Obispos en la tercera Asamblea de Trento*, Cádiz, 1943 y sobre todo las finas reflexiones sobre el tema de ALBERIGO, o. c., p. 395 ss.

Es sintomático anotar el juicio que merecen a Soto las dos figuras de la controversia. De Carranza afirma: “Tempore autem Tridentini Concilii peregregius frater Bartholomaeus Miranda necessitudine religionis, ac ibi tunc temporis societatis mihi coniunctissimus, eandem quaestionem tum plurimis sacrorum testimoniis, tum etiam rationibus adstruxit idque ita locuplete ac diserte quod suum ingenium est ac solertia, ut laborem aliis potuisset excusare, nisi Reverendus Catharinus Minorienis ad contradicendum prodiisset”. De Catarino dice con ironía: “Est enim vir, alioqui quidem religiosus, attamen acerrimi ad contradicendum ingenii, cum quo mihi prius de certitudine gratiae et postea in Commentariis super Paulum de praedestinatione controversia fuit. Qua de re, ut audivi, nam legi numquam, multis, me quae sibi genuina sunt et nativa scommatum figuris respersit. Et re vera si tantum suis assertis confirmandis insudaret quantum huiusmodi nectendis convitiis assolet, foelicius suum celebrasset nomen. Sed putat simpliciter suis dictis veluti oraculis auscultandum. Et cum aegre ferat quod omnes velint esse magistri, nil ipse veretur omnium prodire magister. At vero non constitui, quia neque theologum neque christianum est, malum pro malo reddere. Et aegrius fero quod episcopus similia de aliquo evomat quam quod de me quisquam. Eo praesertim quod neque ea in me expuit mala quae multa opus habeant ad ferendum longanimitate. Rem ergo tantum pro meo ingenio lucidare satago: non cum homine contendere”. *Ibid.*, p. 885.

dente: "Pascere autem gregem officium personale est, quod personae praesentiam exposcit ergo eodem evangelico iure tenentur suis ecclesiis residere". El negarlo equivaldría a negar que el portero tenga que estar a la puerta, el piloto en la nave o el capitán en el campo de batalla. Dios instituye la dignidad episcopal y el oficio pastoral que requiere para su ejercicio la presencia; ¿acaso el Papa que designa la persona, puede mudar la esencia de la dignidad y el oficio?<sup>75</sup>.

El pensamiento de Soto es neto y resolutivo: la obligación de residir deriva del derecho divino, del natural y del canónico.

a) El derecho divino. Para establecer lo más sólidamente posible esta posición, Soto trasciende la noción ministerial de pastor y dirige su mirada hacia la esencia eclesial de la institución jerárquica. En los amplios sectores de las estructuras humanas existe un orden de finalidades concretas, cuya inversión es errónea: el mundo por (*propter*) los hombres, la casa por la familia, los reyes por el reino y no viceversa. De igual suerte en la Iglesia,

Episcopus namque non est *propter quem* ecclesia est constituta, sed ipse potius est *propter ecclesiam* institutus... Christus enim qui *propter nos homines* descendit de caelis, *propter seipsum* ecclesias fundavit et *propter ipsas*. tum alios pastores, tum praecipue episcopus<sup>76</sup>.

Entre la estructura político-social y la eclesiástica existen diferencias: en la primera *el fin* es temporal y subordinado al espiritual; en la Iglesia, la felicidad eterna, a la que Cristo nos conduce por sus ministros. En la primera el modo de régimen tiene apariencias de señorío y dominación; en la segunda de servicio:

Episcopus vero nullam [effigiem domini] prae se ferre licet, licet ministrorum atque omnino servientium... *Qui voluerit inter vos maior fieri, sit vester minister* (Mt. 20, 26)... *Sicut filius hominis non venit ministrari, sed ministrare*. Unde Augustinus super Isaiam, Homil. 7: Qui vocantur ad episcopatum, non ad principatum vocantur, sed ad servitium totius ecclesiae. Ecce ergo episcopalis institutionis *fundamentum*, quod constitutissimum est esse de iure evangelico: nempe, quod ut servus quidquid est, domini est; sic *episcopus quidquid est, sit ecclesiae*". Hinc consequitur episcopalem dignitatem non esse institutam nisi propter officium. Est enim dignitatis pastoralis officium, pascere<sup>77</sup>.

El oficio no es primordialmente el de presidir la grey, ser pastor, sino el concreto de pastorear: *Pasce*, dice Cristo a Pedro, Jo. 21, 15. Cuando S. Pablo habla del deseo del episcopado, I Tim. 3, 1ss., "non ad dignitatem, sed ad *opus* referendum est". Con S. Agustín nos dirá del

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 884 y 886.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 886-7.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 887.

episcopado, "nomen est operis, non honoris". Y con S. Jerónimo, "opus desiderat: hoc est, non dignitatem aut delitias, sed opus et laborem"<sup>78</sup>.

Las décimas, las primicias y toda clase de rentas eclesiásticas, no son gracia o premio otorgado a personas, ni siquiera de las buenas y doctas, sino retribución de servicios:

Haud me pigebit hoc inculcatissime repetere quod ad rem penitissime attinet: quod si hoc ecclesiasticum servitium christianis non fuisset necessarium, nulla fuisset a Christo habita personarum quae idoneae sunt ratio, quantum ad decimarum impositionem. Haud ergo arbitrentur vel nobilissimi vel doctissimi vel sanctissimi sibi ulla ratione deberi ecclesiastica stipendia neque eorum gratia fuisse instituta, sed eo prorsus quod ad ecclesiarum obsequia Dominus ipsis personis opus habet... beneficium non datur nisi propter officium. Communia sunt haec, sed in praesentiarum usque ad nauseam repetenda<sup>79</sup>.

Cristo instituye pastores en servicio de su Iglesia y atención a ello impone cargas sobre la grey. Si por la naturaleza de la función y por institución divina la tarea del pastor es apacentar, esto no se puede hacer sin la residencia personal:

...ergo quantum est ex rei natura divinaque institutione, ipsis per se incumbit gregem pascere. Hoc autem absque personali quaesentia fieri non potest: ergo residentia est de iure divino, nam quo quisque iure obligatur ad finem, obligatur ad medium sine quo nequit illum commode attingere<sup>80</sup>.

¿Pero era realmente medio esencial la residencia personal, o correspondía al Papa determinar en cada caso si el prelado había de apacentar en persona o por terceros? Soto acumula ejemplos, transidos de sentido común, para, recordando nuevamente el carácter divino de la dignidad episcopal, demostrar el absurdo de esa concepción:

Esto Papa immediate, ut aiunt, electionem faciat. Num consequens subinde fit ut naturam ipsam quam dignitas a Deo instituta proprio significato declarat, possit Papa mutare?... Numquid dum Papa episcopum eligit et consecrat, efficere potest ut non sit pastor, magis quam cum sacerdotem initiat efficere ut non sit sacerdos? Potestne inquam efficere ut functio episcopi non sit sacramenta ordinum administrare, populumque docere ac moribus instituere et quod nomen eius sonat, gregi invigilare? Quisnam hoc vel fari queat, cum haec omnia episcopali muneri sint divino iure annexa; quin vero ipsissima eodem iure sint dignitatis substantia?

Profecto si Dei institutio eandem vim habeat quam natura per ipsum instituta, plane fit ut sicuti qui morum ferit, efficere non potest ut prunus

<sup>78</sup> *Ibid.*

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 887-8.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 888.

inde aut alia arbor germinetur quam morus; itaque neque qui episcopum facit, efficere potest ut eius natura divinitus instituta non sit pascere... quemadmodum qui scamnum fabricat aut arcam, efficere non potest quin figuram habeat scamni aut arcae; aut qui facit calceum, efficere non potest quin figuram habeat scamni aut arcae; aut qui facit calceum, efficere non potest quin rem faciat formam habentem pedis: ita qui facit episcopum, quae res divinitus instituta est, efficere non potest quin eodem iure quo est instituta officium habeat atque adeo obligationem per se ipsum pascendi ac subinde residendi<sup>81</sup>.

La condición de *pastor* no se aplica a los obispos en un sentido abusivo, como se llama pastores a los señores y dueños del ganado, aunque lo apacienten por medio de fámulos y criados:

Episcopi autem non sunt sic instituti pastores gregis Christi, sed prorsus veluti *ministri*, qui gregum vigiliis perferre tenentur et per prata scripturae gregem deducere eiusque fontibus potare atque oleo scabiem inungere eisque lupum cavere et quidquid ullo pacto nocere poterit<sup>82</sup>.

Ni cabe endosar a Pedro o solamente al Papa la responsabilidad de apacentar la grey. Según los Padres, citados por Soto, Cristo instituye directamente en los Apóstoles la dignidad episcopal, a la que inseparablemente unido el oficio pastoral<sup>83</sup>.

### EL PASTOR ESPIRITUAL: NOCIÓN BÍBLICA

A mayor abundamiento, Soto se explaya a este respecto con más holgura que en otros lugares en la definición *teológica* del oficio pastoral, ese "spiritualis ovium vitae impensissimam curam gerere"<sup>84</sup>. Siguiendo la clásica concepción tripartita tomista, —instituire, defendere et gubernare— va analizando los ministerios pastorales: colación de sacramentos y sacramentales, institución y consagración de ministros y lugares de culto, confirmación de los bautizados, predicación "omnium autem maxime proprium", custodia y asistencia a pobres y viudas, etc...<sup>85</sup>.

El terrible capítulo 33 de Ezequiel, con sus cinco reconvenciones, referente a los pastores de Israel, le sirve a Soto para recapitular con esmero los deberes asistenciales del obispo-pastor respecto al pueblo cristiano: los peligros espirituales de éste se dan en el campo de la fe, "totius christianae vitae fundamentum", y en el campo de la moral. He aquí el comentario largo, pero sabrosísimo del gran teólogo:

<sup>81</sup> *Ibid.*

<sup>82</sup> *Ibid.*

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 888-9.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 889.

<sup>85</sup> *Ibid.*



Haec ergo Antistitis, qui doctor est fidei, prima functio est: nempe ut fidei scrupulos mentibus gregis eximat, dubia scilicet explicando, subinde animos affirmando et consolidando, ut intellectum, quemadmodum ait Paulus, captivent in obsequium fidei. Aegritudo autem ad mores attinet, cum quis corruptis affectibus infectus est... Quare, sicut illud doctrinae luce est consolidandum, ita et hoc salutaribus monitis sanandum.

Confractio vero iam ad discordiam inter fratres attinet, videlicet, cum populus aut variis opinionibus aut litibus et jurgiis inter se dissidet. Tunc enim ligamine pacis atque unitatis confoederandus est, amicitiaque conglutinandus. Ex his enim fracturis, nisi in tempore colligantur, haereses solent intumescere. Quod re vera vecordia et inertia praesulum ac potissimum absentia ab eius ecclesiis creberrime accidere praesentia tempora documento nobis sunt. Quocirca id quod subditur, abiectum, ad manifestam haeresim et apostasiam refertur. Dissensio enim populi seminarium est haeresum, per quas ab Ecclesia exitur et usque ad huius etiam medicamina praelati cura protenditur, ut saltem una atque altera monitione, ut ait Paulus, enitendum ei sit abiectos in ecclesiam reducere.

Concludit demum: Et quod perierat non quaesistis, exemplo illius qui de coelo quaesitum venerat quod perierat. Perit autem homo per quodcumque mortale delictum, insigniter vero per obstinationem. Sed neque illo prorsus desperandum est, quin omnis adeatur quaerendi ipsum via. Atqui effectus porro isti, gratiae Dei eiusque singulari favori referentur accepti. Attamen, quia ipse eiusmodi gratiam ministerio sacerdotum nobis suppeditat, fit ut propter eorum negligentiam usu veniat ut populus eadem gratia privetur.

Id quod protinus ibidem Deus aperte admonet, dicens: Et dispersae sunt oves meae eo quod non esset pastor et factae sunt in devorationem omnium bestiarum agri; hoc est, ab omnibus vitiis pessundatae sunt omnique errore conculcatae. Qua de causa statim comminatur pastoribus: Requiram gregem de manibus eorum<sup>86</sup>.

No cabe exégesis más bella y viva del clásico capítulo del profeta. También la conminación del Apóstol a los pastores sobre el deber de vigilar y sobre la cuenta que ha de dar a Dios sobre sus greyes (Hebr., 13, 17) da pie a Soto para reiterar con pesadumbre ideas que el olvido ha sepultado:

Porro ergo nisi haec episcopi munera et officia tam essent oblivione sepulta, nemo esset, arbitror, qui vel haec haesitare posset teneretur iure divino episcopi per se illa praestare ac perinde in suis dioecesis residere. Etenim non solum publica concione, si suum bene noscunt institutum, haec perficere debent, verum privatis visitationibus, recreationibus, consiliisque adeo et consolationibus. Imo non verbo tantum, verum et exemplo, ac denique re ipsa iuvando, nempe egentium causas negotio etiam tuendo et elemosynis adiuvando: Ecce sacerdotis officium qua parte debet nocumenta gregi cavere<sup>87</sup>.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 890.

<sup>87</sup> *Ibid.*

La altura de la función pastoral episcopal, encaminada a la perfección de su grey, la ilustran los nombres bíblicos que se aplican a los pastores: luz del mundo, ciudad puesta sobre el monte, sal de la tierra (Math. 5, 13ss.)<sup>88</sup>. Y sobre todo la señalan las palabras y los gestos de Cristo, el Buen Pastor (Jo. 10, 1ss.). Cristo no afirma simplemente una cualidad propia, sino que nos presenta la norma o categoría válida del buen pastor, a la que se ajusta su persona. Su pintura del pastor bueno y del mercenario representa la regla general objetiva conforme a la cual se ha de juzgar de cuantos asumen tamaña responsabilidad, según lo entendieron siempre los Padres. Cristo, pues, ofrece claramente una tipología pastoral absoluta, exigiendo a todos que sean pastores buenos y no malos<sup>89</sup>. La residencia desde esta perspectiva no es sino el cumplimiento de la necesaria aproximación entre pastor y grey, dictada por el Evangelio. Siguiendo al comentarista Teofilacto, Soto estampó estas frases:

Qui enim per Dei dilectionem non sibi ecclesiam desponsavit, non potest eius conspectu et familiaritate magnopere se oblectari. Praeterquam quod neque officia pastoris gregi praestabit, nisi cuiusque ovis faciem et balatum noverit, ut non per relationem aut per alium, sed de vultu, gestu et voce animi morbum deprehendat. Neque vero grex eum vicissim satis diligere eiusque tum exemplum imitari, tum et auscultare mandatis valet, nisi de vultu et sermone eum agnoscat... Nam si cura bruti gregis illam mutuam agnitionem exposcit, quanto magis studium quod erga Christianam familiam impendendum est: sane cum tot sint subditi, tot sint et morborum genera. Alius enim consolatione indiget, alius consilio alius reprehensione, alius denique alio elemosynae subsidio<sup>90</sup>.

#### LEGITIMIDAD EN EL ACCESO Y EN EL EJERCICIO.—ACERCAMIENTO ENTRAÑABLE: LA VISITA.

La legitimidad del buen pastor no deriva solamente del hecho de que entre por la puerta y no por bardales, esto es del acceso legítimo originario a su función pastoral, sino del necesario efecto subsiguiente de que exista un mutuo y entrañable conocimiento entre pastor y grey: las ovejas son conocidas por su nombre, sale con ellas y las antecede, ellas le siguen porque reconocen su voz de buen pastor. Por eso concluye Soto:

Vide quomodo lex boni pastoris non tantum in hoc consistat quod quis ad dignitatem secundum leges Christi accedat, verum et eius exemplo e-

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 890-1.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 891-2.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 892-3.

as administret. Nempe cognoscendo oves singulas de nomine, easque exemplo vitae antecedendo, quod ipsae sequantur. Id quod absentes quoniam pacto praestare perficereque possint, ipsi viderint... alieni appellatione non solum eos qui non legitime ingressi sunt censet, imo et qui illegitime rem administrant, scilicet tam mercenarios quam eos qui illa quae praemiserat non servant... qui ab ipso [Christo] instituti sunt pastores, eius instar necesse habent munere suo perfungi<sup>91</sup>.

¿Qué pueden valer ante razones tan sentidas y tan rancio sabor evangélico todas las costumbres inveteradas en contrario y las ideas consiguientes que pretendían legitimar semejante situación? Si jurídicamente se admite la actuación supletiva de vicarios episcopales, teológicamente y pastoralmente no puede jamás equipararse a la labor personal; a parte de que en realidad tal suplantación se ejercía más en el campo procesal y de litigios que en el propiamente espiritual. Soto está plenamente convencido de lo contrario y para confirmar su convicción nos habla con calor y sentido carismático de la *visita pastoral*:

...episcopi non sibi vicarium ad omnia sua munera substituunt... praeterea visitatorem qui dioecesim circumvolet, cum neque ista in ipsorum absentia fieri possint commode, neque alia ullo modo, ad quae praecipue tenentur. Potissima enim pars spiritualis pastoris, ut in Concilio Carthaginensi 4 licet brevioribus verbis admonetur, nempe cui animarum longe maior cura incumbit quam temporalium, in hoc posita est, ut lites quae sine iudiciorum strepitu definiri possunt, componere satagat pacareque, et extinguere procuret, ut tempus secundum Christi mandatum redimat, quod oves in christianis exercitiis collocent. Quod quidem nemo sine episcopi auctoritate et gravitate et amore quo gregem prosequi tenetur atque adeo sine eius praesentia perficere valet. Item neque *visitationis*, longissima experientia testatur per alium quam per ipsum fieri caste posse. Haud enim criminibus sola pecuniarum multa aut excommunicatione medendum est, sed profecto verbo, nunc placido, nunc acerbo, ac aliis denique adhibitis remediis, quorum visitatores, quia mercenarii sunt, nulla tangit cura. Adde quod elemosynae quae inter episcopales operas tan altum locum tenent, Oportet enim episcopum, ut ait Paulus, esse hospitem, nisi per praesentes Antistites fieri nequeunt commode. Conspectus namque pauperis egenorumque clamor viscera commovens, vel elemosynam exprimit vel ailam saltem consolationem quam suam possit miseriam levare. Huc enim illa spectant quo modo circa verbum Christi tractabamus: nimirum, quanti referat vultum pecoris visu agnoscere et vocem auditu<sup>92</sup>.

La sustitución del prelado en esta actividad espiritual tan profunda no puede darse por ningún género de vicarios, aunque sean mejores predicadores, más doctos o más aptos: "Huius autem una responsio est;

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 892.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 892-3.

—dice Soto— esse impossibile”. Ellos pueden ser el cuerpo; el Obispo ha de ser el alma. Este ha sido constituido por el Señor como obrero de su mies; no como mero seleccionador de colaboradores. No tiene sentido apurar las normas en la selección de los obispos, si luego basta con que estos deleguen sus funciones en sus vicarios: “si iura illa certa ratione constituta sunt, plane colligitur *personalem industriam* in episcopo eligi atque adeo per se residendo teneri munia sua explere<sup>93</sup>. ¿Se admitiría la sustitución en las magistraturas y cargos públicos, en que se busca y se recompensa la prestación personal, como en el caso de un cónsul, un pretor o un general, cuando no se admite en negocios privados, al tratarse simplemente de un mayordomo, de un cocinero, de un piloto o de un auriga? “Quod si magistratus alii hanc habent residendi naturam, quis non videat episcopatum, qui animabus prospiciendis quas Deus et ad suum ipius consortum condidit et proprio vitae dispendio redemit, primum huius legis obtinere locum?”<sup>94</sup>.

#### LA VOZ DE LA RAZÓN Y DE LA EXPERIENCIA

Evidentes razones de congruencia natural hacen que esta clara obligación de derecho divino aparezca como afín al mismo derecho natural. Soto las agrupa en tres conceptos:

El *oficio episcopal* por su misma esencia exige la industria y consecuentemente la presencia personal. La función reverbera en los títulos espirituales que corresponden al prelado: él es luz, sal, médico, auriga, piloto, jefe, siervo y despensero fiel, custodio y vigía, en suma, perfectador del pueblo cristiano. Nada de esto puede ser plenamente si no está en medio de su rebaño.

El *estipendo* que va anejo a la carga pastoral, no es premio personal de su ciencia o su virtud, de su nobleza o de su dignidad, sino pago de sus servicios y ministerio.

Los *efectos* calamitosos del absentismo constituyen el tercer argumento natural en favor de la presencia personal. Muchas almas perecen, que, atendidas solícitamente por su pastor, gozarían de la vida eterna. Dios se queja por boca de Ezequiel de que se descarríe su pueblo, porque no hay pastores. Y no los había, dice Soto, no porque no existieran personas oficialmente responsables de los destinos religiosos de Israel, sino porque no cumplían debidamente su ministerio<sup>95</sup>.

Huc vellem attentos habere Christi pastores, —añade Soto—. Si Rex charissimos filios negligentia pedagogi custodisque eorum trucidatos cons-

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 893.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 894.

<sup>95</sup> q. III. art. II, p. 896.

piceret, quisnam regiam iracundim ferre posset? Cum ergo Deus (quod saepe et saepius et saepissime usu venire solet) pastorum incuria privatum se viderit animarum contubernio, quas ut sua ipsius gloria fruerentur considerat quarumque gratia filium suum qui pro illis moreretur huc demisit easdemque in infernorum abyso perpetuo trucidandas conspexerit, quaenam rogo non suppliciorum genera ab infidis illis et tan insigniter sacrilegis pastoribus non reposcat? Qui vero non solum in pastores ipsos pravos indignari solet Deus, verum et ob ipsorum pravitatem indignatio eius dimanat in populum. Non quod ob alienam culpam populus aeternaliter puniatur, sed quod vel ex eo quod in populo numquam ingentissimus delinquentium numerus deest, qui praelatorum suffragiis sustentari debet, illis cessantibus indignatur Deus in populum ob sua ipsius crimina, vel quod cessantibus episcopis manus cum Moyse ad coelum cum precibus levare, adeo negligentibus populi curam, facile a suis hostilibus cupiditatibus prosternitur, dignusque adeo fit indignations Dei<sup>96</sup>.

## EL ABSENTISMO: LA PLURALIDAD DE BENEFICIOS Y LOS OBISPOS

### TITULARES.

El absentismo trae además consigo dos graves males. El primero, el de la *pluralidad de beneficios* o de sedes, fuente de tanta catástrofe para la Iglesia. Soto dedicó en otro lugar algunas páginas a la cuestión. En la legitimación de uso tan detestable vio Soto una “perversio ordinis”, porque con ello se iba contra el alma de la pastoral en que a cada ministerio corresponde un ministro —“singula officia singulis”; se falta contra la justicia conmutativa, defraudando el fin de los emolumentos materiales; se peca contra la justicia distributiva, al privar de beneficios a muchos que son dignos de ellos; se fomentan ambiciones desmedidas; se elimina el estímulo de la preparación y de la competencia: “literarum studia neglecta iaceant... spes bonorum debilitatur... meritorum ratio non habetur”<sup>97</sup>.

La escasez de rentas puede ser pretexto fácil para cohonestar el disfrute de varios beneficios; pero la idea de escasez no ha de referirse tanto a personas y tenores de vida concretos, sino a la común utilidad de la Iglesia, “in quam cuncta referenda sunt”. Por eso fustiga la unión de beneficios en favor de personas, pero con fraude de la misma Iglesia<sup>98</sup>.

Otra forma de legitimar el absentismo es la admisión de *obispos titulares*, punto éste fuertemente atacado por Francisco de Vitoria. Soto acaso no ve en ello una esencial perversión del orden, cuanto la fuente

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 896-7.

<sup>97</sup> Lib. III, q. VI, art. III, p. 262-3.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 283.

real y concreta de determinados abusos. Estos suplían a los prelados en algunas funciones consecratorias propias, como la consagración del crisma y de los templos:

*Est, inquam, in his dum per titulares episcopos fiunt, indecorum quiddam, quod non tanta gravitate, ut decet, celebrantur. Praeterquam quod ansa inde porrigitur titularibus episcopis introducendis. Ac deinde protinus mos in ecclesiam ingestus est episcoporum titularium, per quod quemadmodum ordines atque reliqua episcoporum sacramentalia perficiantur, experientia ipsa testimonio est. Inde enim emanavit ut eiusmodi spiritualia venundentur adeoque tractentur abiecte, ut in conspectu Christiani populi despectui habeantur<sup>99</sup>.*

### EL VÍNCULO ESPONSAL

En consecuencia, Soto estima evidente el peso de la razón natural en favor del deber de residencia, concluyendo su argumentación con una idea espiritual, de puro sabor antiguo: el carácter esponsal del vínculo del obispo con su Iglesia. Todo absentismo, en la custodia de la grey encomendada a vicarios es una especie de meretricio; la ley espiritual exige lo contrario:

*Qui ecclesiae desponsantur, proles Christi sanguine per se progignant suisque propriis uberibus lactent. Nam sponsa, ut in Canticorum capite legimus, sponso ubera tribuebat eademque super vinum unguentis optimis fragrantia. Quae profecto cum in episcopo sine usu sunt, ultore Deo, desiccantur. Sed, o temporum calamitas! Instarum namque omnium necessitudinum oblivio obligationem residendi obscuravit. Quis enim iam se ut sponsum ecclesiae suae gerat et ut subditorum patrem?<sup>100</sup>*

Más aún: este afecto esponsal ha de ser el que sobre toda otra compensación temporal, dulcifique las dificultades que acarrea el ministerio pastoral y haga grata la convivencia con las almas encomendadas:

*Nam praeterquam quod fructuum temporalium pinguedo digna est illo labore, Christi charitas qui illis suos greges comcredidit, deberet in primis rem illis dulcorare. Ecquid enim cuique suavius quam in domo propria sponsum cum sponsa patremque cum filiis commemorari?<sup>101</sup>*

Junto a estas razones irrefutables, alineada, por fin, Soto, toda la serie de testimonios concordantes del Derecho en inacabable cita de decretales pontificias, decisiones conciliares e imperativos patrísticos. Su enumeración sería enojosa y, además innecesaria: Soto se movía aquí con firmeza, a sabiendas de que nadie negaba la luz del día: "De hoc

<sup>99</sup> q. III, art. II, p. 894 y 897. Soto compara los obispos titulares a los Corepiscopos.

<sup>100</sup> *Ibid.*

<sup>101</sup> q. III, art. III, p. 900.

enim nemo doctorum aut Theologiae aut Canonici iuris haesitavit unquam, sed solum pastores quorum id nosse confiterique potissimum refert, facti ipso diffitentur"<sup>102</sup>. El problema, pues, no era nuevo; pero sí su planteamiento, ya que en la Antigüedad jamás se intentó discutir o impugnar el principio y sin excepción se reprobó cualquier uso contrario<sup>103</sup>.

El prudente portillo de las causas que excusan la residencia no agrieta el castillo levantado por Soto. Los principios de siempre regulan de nuevo las normas: las obligaciones pastorales derivan de la finalidad de las mismas, que no es otra que la *salus populi*. Así la comodidad personal no excusará de la residencia ni los graves peligros que azoten por igual a grey y pastor. Un peligro de muerte meramente personal, justificaría la huida; pero si con ello se compromete la vida espiritual del pueblo, obligaría al pastor a afrontar la inminencia de la muerte, como en el caso del piloto que abandonase la nave. Siguiendo la sentencia de S. Tomás, que califica de "ex visceribus Evangelii desumpta", Soto no teme en cargar la obligación de ofrendar la vida, cuando ello es consecuencia de la necesaria asistencia al pueblo. Nada tiene de atroz esta carga, cuando toda la salud temporal es simple medio para la salvación eterna; si Dios dio su vida por los hombres, el orden natural y sobrenatural piden que a esta ley se sometan cuantos hayan de ser pastores de almas. Nadie debiera ser elegido sin esta radical disposición de fidelidad<sup>104</sup>.

Si la vida del obispo no representa el valor supremo, sino que está sometida por razones de fidelidad al bien de la Iglesia, será este punto y no conveniencias personales, lo que habrá que tomar como término de juicio al analizar las causas excusantes de la residencia. Estas son, según Cayetano, fuerza mayor externa o interna, la calidad de algunos negocios o condiciones personales.

Al primer género pueden pertenecer razones de salud o dificultades de orden externo, como las amenazas de un tirano. Salvada la exigencia del bien de la Iglesia sobre los derechos de la persona, puede admitirse la ausencia de su diócesis.

En el segundo grupo pueden legitimar la ausencia asuntos de interés diocesano, lo mismo que el servicio de la Iglesia Universal o Romana y el servicio temporal a otra iglesia particular. El Papa puede utilizar temporalmente el auxilio de un obispo de singular autoridad; pero no para servicios que no requieran la dignidad episcopal, como el cantar o escribir elegantemente, el ser auditor de Cámara o de la Rota. Así la dispensa pontificia queda enmarcada en los casos admiti-

<sup>102</sup> q. III, art. III, p. 898.

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 900.

<sup>104</sup> q. III, art. IV, p. 900.

dos por el derecho natural y divino. Por ello rechaza como invención caprichosa de los canonistas la legitimación amplia de la irresidencia por el mero hecho de residir y servir en Roma<sup>105</sup>. El mismo principio vale de los Cardenales: que ningún obispo sea creado Cardenal, dice Soto, si no en el caso en que pueda atender a su diócesis. Resulta anómalo que se dé un Título Romano a quien no pueda residirlo y se pretenda cargar con una diócesis a quien no va a residir en ella. Podía respirar Soto al citar el canon tridentino que no excusa de residencia a ningún obispo, cualquiera que esa su dignidad y grado<sup>106</sup>. Podría también el obispo atender al socorro de otra diócesis o de infieles por algún tiempo, así como acudir al Concilio o a legaciones de paz. Pero tratándose de negocios terrenales, que pudieran ser tratados por otros, sería abusar de la dignidad episcopal y perjudicar a la Iglesia, el autorizar la ausencia<sup>107</sup>.

En conclusión el Papa propiamente no dispensa; sino que interpreta el derecho divino, al calificar un caso entre los admitidos por éste.

El postrero alegato lo reserva Soto para la cuestión de si dispensan del deber de residir cargos a funciones civiles que requieren la presencia de los prelatos en la Corte o fuera de sus diócesis. Ni son necesarias sus personas, ni decorosas esas funciones, ni Dios les ha encomendado tales responsabilidades; esta evasión de su propio campo, nunca puede excusarles delante de Dios del abandono de sus primordiales funciones pastorales<sup>108</sup>. Este progresivo desligarse de la iglesia, que contemplaba Soto con sus ojos, era según él fruto de haber cesado el uso tradicional de la elección de los obispos por los Capítulos para ser elegidos por las Curias Romana y Regia; aunque no olvida que el primer sistema llevaba a una caterva de pleitos interminables:

Neque vero diffitendum est hanc pestem quae ecclesias praesentia suorum pastorum exspoliavit inde latius inserpisse ex quo episcopi a suis Capitulis eligi desierunt coeperuntque in Curia vel Romana vel Regia creari. Non quidem est quod prorsus contra principium indulta obmurmurem. Nam eo iam usque evasit humana malitia ut si penes capitularia collegia potestas electionis duraret, omnia essent discordiis plena cruentisque dissensionibus dilacerata. Sed tamen quia, ut est humanum ingenium, nullum remedium rebus adhiberi potest quod secum non aliquid incommodi afferat, inde coeperunt Curiae tum Romana tum potissimum Regiae episcopis crebescere, qui sponsis pauperioribus neglectis cum ditioribus adulteria committere semper inhiant. Quod quidem malum non est recens: hac enim de causa, ut Hieronymus, in Epistola citata ad Oceanum refert, in

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 902-3.

<sup>106</sup> *Ibid.*

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 903-4.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 904-5.



Concilio Nicaeno cautum fuit ne isti episcoporum ascensus ecclesiarumque cambia permitterentur<sup>109</sup>.

De la ausencia de la diócesis de los obispos y de su presencia en Corte, vinieron el desprecio de su dignidad por parte del pueblo, la disminución de reverencia por parte de los seglares, la falta de obediencia por parte de los sacerdotes, el aumento de pleitos contra ellos por parte de los tribunales civiles, los abusos en la administración de los sacramentos, el decaimiento de la pastoral, y en fin, todos los males de los que Alemania e Inglaterra dan buen testimonio. Soto concluye esta página con un lamento, que es plegaria :

Utinam ille qui lux venit in mundum, quotquot super candelabrum ecclesiae suae erexit, sic illuminet et inflammet, ut iura sui muneris, tum clare cognoscant, tum et charitatis ardore moribus exhibeant<sup>110</sup>.

Antes de terminar quiero recoger algunas ideas de Soto acerca del uso de los bienes por parte de los obispos. El dominico se muestra discretamente conservador y consume no pocas páginas en la trillada cuestión del derecho de propiedad de obispos y clérigos sobre los bienes, y concretamente sobre los frutos de los beneficios<sup>111</sup>. Solamente al final se pregunta si les atañe particular obligación de ejercer la limosna a los pobres. El que se mostró neto y contundente en el primer problema de la posesión por salvar el fuero de la justicia, exige ahora en nombre de la misericordia y de razones bien graves. Aun manteniéndose por debajo del deber de restitución, Soto afirma que el deber de la limosna pesa con mayor fuerza sobre obispos: "ad elemosynas coguntur episcopi inter omnes christianos ac subinde inter omnes mortales arctissime perstringuntur"<sup>112</sup>.

El preciado nombre de "padre de los pobres" les obliga a inclinarse con misericordia sobre los necesitados, teniendo en cuenta que la virtud y la salvación del alma, peligran en casos de extrema indigencia. La pobreza compromete el pudor de las vírgenes e impulsa a robos, violencias y toda suerte de pecados. El buen pastor debe cuidar en cuanto pueda de estas dificultades de sus ovejas. No deben olvidar la belleza que brilla en la antigua Iglesia por su especial solicitud por viudas, huérfanos y mendigos, sino tener presente que la riqueza primera de la Iglesia es espiritual y los bienes se ordenan al honor de Cristo y al remedio de los pobres, encomendados por él a los pastores de la Iglesia. La condición personal del obispo, con vida más frugal y austera, sin preocupaciones familiares y hereditarias, le permite mayor abundancia y superfluidad de bienes. Sus hijos son los pobres, "neque

<sup>109</sup> *Ibid.*, p. 906-6.

<sup>110</sup> *Ibid.*

<sup>111</sup> *Quaestio quarta*, p. 909 ss.

<sup>112</sup> Q. IV, art. IV, p. 925.

consanguineis —añade— aliter providere debet quam pauperibus"<sup>113</sup>. La medida puntual de lo superfluo habrá de darse prudencialmente, considerado el estado de quien ha de dar y de quien ha de recibir; la norma de la limosna irá condicionada por la cantidad de los ingresos, por la pobreza de los necesitados y por la calamidad de los tiempos. Siempre queda un modo de satisfacción sacramental, en la disposición de los bienes en el artículo de la muerte<sup>114</sup>.

Tiene su interés el que Soto, quizá por atacar modos más aparatosos y ostensibles de limosna, recomiende con calor el auxilio a los pobres del momento.

Modus autem elemosynarum Christo gratissimus est ut in praesentes pauperes sint divites benigni. Non quidem inficias ierim quin ubi hospitalia exstructa non sunt, laudabile episcopo sit eorum fabricis vacare atque adeo ecclesiarum ruinas reficere. Attamen quod ut suum nomen perpetuo celebret in aedificiis ampliandis et perornandis ea insumat quibus praesentibus pauperibus succurri posset ne fame perirent, non solum vanum sed perniciosum et Christo ingratisimum est. Quod enim ait, Pauperes semper habebitis vobiscum, id moniti auribus exhibet, ut cura nos eorum pauperum angat qui nobiscum sunt, futuris enim miseris per futuros Deus misericordes prospiciet<sup>115</sup>.

El aire conservador de Soto aparece más claro cuando trata de la legitimidad y conveniencia de que las iglesias y los obispos posean castillos, ciudades y vasallos. Esta vez contra una poderosa serie de razones muy abundantes que en el fondo vienen a recalcar la necesaria secularización de la Iglesia por aquel camino, Soto se aferra al simple uso cristiano de la época constantiniana, aprobado por Papas, Santos y Emperadores. Nuevamente reúne objeciones contra su posición tan fuertes como el ejemplo de Cristo y los Apóstoles, el fasto y mundanización que proceden de aquel uso, los graves inconvenientes a que ha

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 925. Este principio lo modera y matiza en el párrafo siguiente: "Quamvis documentum hoc non summo rigore intelligendum est, sed grano salis, hoc est, naturali aequitate condiendum. Haud enim ubi scandalum caveri potest, vitio est prorsus vertendum si episcopus qui pingui ecclesiae praefectus est, consanguineos antea indigos quadam victus mediocritate honestet, non pro sua tantum vita, sed pro suis successoribus in perpetuum. Non inquam ut locupletia creet promogenitorum iura, sed ut quadantenus statum illi mutare possint, ut absque necessitate deinceps vitam ducant. Si enim qui viginti aut eo plura, imo qui decem aut quindecim habet ducatorum milia, quartam partem in pauperes et pios sus erogaverit, profecto ab omnibus censetur suo debito fecisse satis. Et si tertiam in tales usus dispensaverit, nihil ab eo amplius, quantum ad cavendam culpam res attinet, desiderabitur. Cum ergo residuum absque ullo scandalo possit licite in proprios usus consumere, cur non ei licebit ex reliquis sumptibus tantillum quotannis adimere, ut possit honestam sustentationem eandemque perpetuam alicui consanguineo relinquere? Sed fateor scandalum attente semper esse cavendum. Quod tunc utique cavebitur dum subditi amplas pro eius facultate suis viderint Antistitem elemosynas profunderi et quod dat consanguineo, de propriis sumptibus succideri, neque vero ipsum eousque locupletare et de humilimo statu ad illustrem sublevet. Hoc igitur non quod superbis et ambitiosis velim idultum iri, dixerim, sed ut quod mihi rei veritas offert, non diffitear". *Ibid.*, p. 926

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 926.

<sup>115</sup> *Ibid.*

dado lugar, entre los que no olvida las amargas experiencias de Alemania e Inglaterra<sup>116</sup>. Pero Soto desmonta pacientemente la máquina de dificultades para cohonestar un sistema, que ya a los más clarividentes de su tiempo ofrecía sombras bien palpables. Soto no puede sufrir que ya un Wicief condene el gesto constantiniano que abre una época nueva. No quiere género alguno de turbación: no se turbe la pacífica posesión de la Iglesia con razones espirituales; no se turbe o murmure de los Reyes, cuando en extrema necesidad acuden en busca de subsidios a la Iglesia, ni de los Papas cuando lo conceden. Es verdad que apura mucho las condiciones necesarias para legitimar la venta de posesiones y vasallos; pero en su pérdida ve un modo de empañar el brillo de la Iglesia y de colaborar con las intenciones de los herejes: "eis potissimum temporibus, quando haeretici et verbis et factis ecclesiam suis dotibus denudare contendunt atque adeo paupertate obscurare. Si enim catholicorum facta eorum ausibus responderint, approbare eorum dogmata videbimur"<sup>117</sup>. Decididamente Soto se nos muestra con el equilibrio propio de un hombre de leyes, pero sin excesiva inquietud por una situación preocupante para otros hombres más metidos de bruces en las tareas de la reforma espiritual. El mismo Beato Juan de Avila, apreciando debidamente las graves responsabilidades que en materia de bienes arroja sobre los obispos, dirá de Soto que es "uno de los que más en su favor —de los obispos— han hablado en esto"<sup>118</sup>.

## CONCLUSION

Al término va de esta investigación he de confesar mi sorpresa ante la insospechada riqueza de ideas de Domingo de Soto en la elaboración de una tipología ideal del obispo. No hay que olvidar que las hemos espigado de una obra monumental de Moral y no de un tratado específico sobre el tema, al estilo de otros de la época. Pero esta riqueza no se basa en la simple acumulación de abundantes ideas inconexas acerca de la figura del obispo, sino que forma un cuadro coherente, animado por fuertes principios teológicos de la más alta entonación y de la más sólida raigambre evangélica y patristica.

A la luz de ellos Soto se sitúa ante la misión episcopal como frente a una tarea profundamente espiritual: dignidad divina, cuyo módulo dicta Cristo, fundador de la Iglesia y de su jerarquía. Soto se levanta

<sup>116</sup> q. IV, art. V, p. 628.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 930.

<sup>118</sup> *Advertencias al Concilio de Toledo*, editado por el P. R. S. de LAMADRID, en "Archivo Teológico Granadino", IV (1941) p. 178.

sobre toda la mediocridad humana, para, al dictado de Cristo, con absoluta libertad e independencia, señalar una meta elevada indiscutible. Todo lo demás será pura consecuencia; con rigor inflexible trata de salvar una jerarquía de aspectos y valores, aplicando a las humanas intenciones y a la realidad ambiente principios contundentes como los del *ordo intentionis*, *bonum commune* y, en general, la apreciación *funcional* y no personalista de las tareas y calidades episcopales. El fin neto y claro preside la concretización implacable de los medios adecuados. Es una forma de soberano realismo teórico o de principios, sin cuartel para la mixtificación y la componenda.

Ese realismo teórico se ve realizado por su realismo práctico o mejor por su visión realista de la situación. Cuando Soto teoriza, no lo hace como un idealista reformador, que soñase en su celda, pero viviese alejado de la vida. Frases duras, que deja caer esporádicamente en sus páginas, denotan un hombre experimentado, que, al margen, de pesimismo u optimismo, tiene en cuenta hechos notorios y manifiestos. En algunos aspectos se muestra conservador y quizá no tiene el acento inflamado y angustioso de otros hombres de reforma de su tiempo; Soto es ante todo un profesor, de ideas bien montadas y eficaces. Por eso mismo no nos ofrece un cuadro programático amplio y preciso, como un Carranza y sobre todo un Beato Avila, sino unas directrices básicas de fecunda aplicación concreta.

Sus ideas, en realidad, pertenecen a la mejor tradición: el Evangelio y los Padres son la fuente de su inspiración. Luego Santo Tomás y el Cardenal Cayetano. Lo demás es obra de su rectitud de mente, de su sentido común, de su seriedad profesoral: condiciones eximias, sobre todo en momentos en que tantos factores podían mediatizar y hasta ahogar la noble tarea de servir a la Iglesia, saneando el clima de los ideales. El nervio que puso Soto en la faena le impulsa a evitar toda especie de *formalismo*, la perenne tentación de la Iglesia. Y por ello cuestiones, a primera vista inactuales para nosotros como la de la residencia, cobran actualidad, al examinarlas con Soto desde un ángulo antiformalista: la residencia no es un fin, sino un medio, casi diría que un paso sólo inicial. Sobre ella está la fundamental realidad pastoral de todos los tiempos de la *necesaria aproximación del pastor a su gregory*:

In apice autem istorum quae dicta sunt, hoc licet per se ipsum evidentissimum sit, non erit admonitu supervacaneum: nempe, quod residenti obligatio sic praeceptum est, ut non sit praecepti finis. Videas enim praesules in suis quidem ecclesiis residentes, sed tamen adeo oscitanter et segniter in administratione verbi, in gubernatione, in afflictorum consolatione et pauperum subsidio sese gerentes. Residentia enim *propter haec*

necessaria est, quae si non fiant supervacanea, imo quandoque causa ut episcopis maiori opprobrio et vilipendio a sua plebe habeatur<sup>119</sup>.

Esta frase sintetiza plenamente el ideario de Soto y retrata moralmente su auténtica fidelidad a la Iglesia y a su propia responsabilidad de maestro, con una condición que da categoría permanente a su persona: el valor de pensar.

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS  
Seminario de San Sebastián

---

<sup>119</sup> q. III, art. I, p. 895. Resulta complejo el seguir el posible influjo de las ideas de Soto en los hombres de su tiempo; me refiero al influjo personal desde la cátedra y al influjo literario o escrito. De este segundo anotaré solamente que Carranza lo cita en sus escritos sobre el obispo y el Beato Juan de Avila lo hace igualmente ocho veces en la obra antes citada.